

# IDENTIFICADOS CON LAS VÍCTIMAS

**“La peor de las aberraciones: el catolicismo sin Cristo,  
la religión sin alma, una *autoridad sin corazón*.  
Lo peor es que se piensa muchas veces que se sirve a Dios  
haciéndole reinar en la sociedad *sin pasar por las almas*”  
(Blondel)**

“Los cristianos, la Iglesia y las víctimas” es el subtítulo que le corresponde al editorial de hoy. Pero hemos querido adelantar en el título la conclusión a que hemos llegado. Porque la actitud lógica y consecuente de los cristianos, y, por tanto la de la Iglesia, ante las víctimas no puede ser otra que la de identificarse con ellas. Es la conclusión de los dos editoriales anteriores dedicados a las víctimas y que llevaban por título “víctimas sin redención” y “redención por las víctimas”, y sin los que éste no puede sino parecer parcial e incompleto.

En efecto, no se puede confesar la dignidad herida o destruida de todas las víctimas, no se puede afirmar la identificación de Jesucristo con todas las víctimas, no se puede creer que en su condición de víctima representativa de todas Cristo resucitase y con él todas las víctimas para hacerlas justicia, sin interiorizar y asimilar, con gozo y alegría en medio de la lucha y el esfuerzo por devolver la dignidad a las víctimas, la vida y los riesgos de la condición de los oprimidos; so pena de caer en la más perversa de las hipocresías.

Es necesario, pues, colocar a la Iglesia y a los cristianos ante la inconsecuencia de lo que se predica y lo que se practica. No se puede hacer una tan larga enumeración de víctimas, como acaba de hacer el Papa en su mensaje *Urbi et Orbi* de la Navidad de 2007, y que los cristianos y la Iglesia no se vuelquen en su defensa con todos los medios y bagajes de que disponen.

He aquí las palabras del Papa: “Que la luz de Cristo sea consuelo para cuantos viven en las tinieblas de la miseria, de la injusticia, de la guerra; para aquellos que ven negadas aún sus legítimas aspiraciones a una subsistencia más segura, a la salud, a la educación, a un trabajo estable, a una participación más plena en las responsabilidades civiles y políticas, libres de toda opresión y al resguardo de situaciones que ofenden la dignidad humana. Las víctimas de sangrientos conflictos armados, del terrorismo y de todo tipo de violencia, que causan sufrimientos inauditos a poblaciones enteras, son especialmente las categorías más vulnerables, los niños, las mujeres y los ancianos. A su vez, las tensiones étnicas, religiosas y políticas, la inestabilidad, la rivalidad, las contraposiciones, las injusticias y las discriminaciones, que laceran el tejido interno de muchos países, exasperan las relaciones internacionales. Y en el mundo crece cada vez más el número de emigrantes, refugiados y deportados, también por causa de frecuentes calamidades naturales, como consecuencia a veces de desequilibrios ambientales.

En este día de paz, pensemos sobre todo en donde resuena el fragor de las armas: en las martirizadas tierras de Darfur, de Somalia y del norte de la República Democrática del Congo, en las fronteras de Eritrea y Etiopía, en todo el Medio Oriente, en particular Irak, Líbano y Tierra Santa, en Afganistán y en Sri Lanka, en las regiones de los Balcanes, y en tantas otras situaciones de crisis, desgraciadamente con frecuencia olvidadas”.



Sin un compromiso serio de la Iglesia y los cristianos a favor de las víctimas, permanente y universal (universal porque sea aceptado por todos, universal porque abarque a todas las víctimas, universal porque se extienda a todos los aspectos y situaciones de injusticia y universal porque se haga presente a todos los niveles: personal, ambiental e institucional), el resto del discurso del Papa y, en general, sus declaraciones y pronunciamientos, y las del resto de los obispos, pueden sonar (suenan) a poético idealismo pseudo-místico pero ineficaz; tal vez, a enervante dosis de adormecimiento complaciente en la sublimidad de la doctrina propia.

Si la Iglesia quiere seguir las huellas de su fundador no tiene otra alternativa que aceptar como esencial a su naturaleza y misión la defensa y promoción de los últimos, de los excluidos. Lo cual implica y exige:

- El anuncio claro y gozoso de la común dignidad de todos los seres humanos, destinados, por hijos del mismo Padre, a vivir en fraternidad y comunión de unos con otros en el disfrute compartido de toda clase de bienes (por supuesto también los económicos) y servicios.

- Tener nítida conciencia de que el poder y la riqueza, o lo que es lo mismo, la soberbia y la

avaricia son las dos potentes fuerzas que se oponen a la comunión fraterna: el poder porque por naturaleza domina y oprime y la avaricia porque excluye a multitudes del uso y disfrute de los bienes para todos destinados. No en vano en todo el Nuevo Testamento aparecen como ídolos y adorarles como idolatría.

- Ser conscientes, por tanto, de que el verdadero progreso es de índole espiritual: la búsqueda de la perfección personal y colectiva en todos sus aspectos de todas y cada una de las personas desde la verdad, la libertad, la justicia, y el amor; todo lo cual es mucho más que el mero desarrollo material, y más si éste rompe la fraternidad por los desequilibrios que produce.

- Comprender que, si se quiere respetar la dignidad de todos los excluidos, los derechos de que no disfrutaban se les deben de justicia, y, por ello, no pueden otorgárseles como limosna ni como beneficencia; lo que lleva a comprender también que, si no se quiere caer en hipocresía y entrar en contradicción con el mensaje evangélico, ha de darse una renuncia efectiva a toda clase de privilegios (de poder, de riqueza, de influencia, etc.) para desde el nivel de los últimos avanzar con ellos en su promoción individual y colectiva.

- Aceptar, dada la situación real y social de que hoy parten las comunidades y naciones cristianas del entorno de la antigua tradición occidental-cristiana, la ineludible necesidad de que se produzca un transvase gratuito de toda clase de bienes por parte de las personas cristianas de estas comunidades y países hacia las comunidades y países empobrecidos.

- Considerar como propias todas las violencias e injusticias que contra cualquier persona, colectivo, nación o continente se cometan; lo cual pide (para no caer en hipocresía, repetimos) insertarse vitalmente en las situaciones y contextos vitales en que ellas viven y se desenvuelven y participar en las heridas que en el esfuerzo que realizan los pobres por su promoción reciben desde el poder y la riqueza.

- Vivir, por consiguiente, el gozo y la esperanza de IDENTIFICARSE con las víctimas en sus aspiraciones y formas de vida (y en los medios de que disponen), es decir, ser una más de ellas.

- Renunciar a las alianzas con el poder y la riqueza; sin aliarse con el poder para poseer riqueza ni con la riqueza para tener poder. No dejarse arrastrar por la falsa creencia de que el poder y la riqueza nos hacen eficaces. Ni el poder ni la riqueza serán nunca vehículos para la construcción del Reino de Dios, sino la comunión fraterna. (En este sentido debe la Iglesia ver la forma de despojarse, sin entregarlo a desaprensivas manos que con ello se enriquezcan, del enorme patrimonio que hoy posee y administra, de forma que sirva a la promoción de los pobres y de los pueblos en general).

- Despojados (la Iglesia y los cristianos en cuanto tales) de poder y riqueza, primar, como identificadores de su presencia entre los hombres, los dos instrumentos empleados por su fundador: testimonio de vida y servicio a los pobres y excluidos de todo tipo.

- La denuncia clara y sin subterfugios de las situaciones de injusticia y violencia que contra los últimos (pobres y excluidos) se cometan, sin convertirse nunca en perros mudos por miedo, cobardías o intereses bastardos.

- Dirigir, tanto la denuncia de las injusticias como el anuncio de la universal fraternidad humana, a la libre conciencia de las personas, razonando por tanto, dialogando y no imponiendo, sin recurrir a instancias e instituciones económicas o políticas que impongan las pro-

pias convicciones, convencidos tanto de la radical bondad de las personas como de la acción incesante del Espíritu sobre todas ellas. (Aquí tienen perfecto encaje las palabras de Blondel: “querer hacer reinar a Dios en la sociedad sin pasar por las almas”)

- Contar, a pesar de todo, con el rechazo y la persecución del poder, de la riqueza y del individualismo hedonista cuando se ocupa el lugar de los últimos y se comparten sus razones. Estimar, por consiguiente, como algo connatural y esencial a su misión, la condición martirial de la Iglesia y los cristianos; sin, por ello, utilizar como martillo contra nadie los propios mártires (mártires, por otra parte, que no faltan en ninguna organización o movimiento que, de veras, defienda a los pobres). Comprender, alentar y perdonar son armas más eficaces que la cerrazón, el enfrentamiento y la condena.

- Ir de la mano con todas las personas y colectivos que con sinceridad se comprometen en la defensa de los últimos y en la construcción de un mundo más justo.

En definitiva, y aunque la frase, por repetida, resulte ya manida, se trata de pasar de una vez de un cristianismo de cristiandad a un cristianismo profético, que puede resultar para muchos más incómodo, pero que es, sin lugar a dudas, el auténtico y el heredero de lo que practicó en su vida Jesús de Nazareth. Los cristianos pueden y deben iluminar, pero nunca deslumbrar; pueden invitar, pero no imponer; pueden denunciar, pero no perseguir.

Por otra parte, es necesario saber, de una vez por todas, que nunca ninguna sociedad va a plasmar perfectamente en ninguna de sus realizaciones, culturales, económicas religiosas, políticas, etc. el ideal de comunión perfecta entre toda la humanidad, aspiración real de toda persona y que la fe cristiana espera se realice al final de los tiempos. Pero este convencimiento, que nos lleva a huir de los fundamentalismos, no nos exime sino que nos urge a mayor esfuerzo por acercarnos a tal ideal; poniéndose en marcha, a partir de este compromiso, una especie de dialéctica entre las concretas realizaciones sociales (tal vez en algunos o en muchos puntos justas para determinados lugares y circunstancias pero siempre desfasables o desfasadas ante nuevos descubrimientos de las exigencias de comunión, cada vez más técnicamente realizable a nivel mundial) y la necesidad de des-

truir las, cambiarlas o corregirlas en la medida que obstaculicen la realización de una más amplia justicia para los últimos y los excluidos.

En esta tarea, si no se delimitan (y respetan) las funciones de cada uno dentro de la Iglesia, sólo pueden producirse malos entendidos y confusiones con perjuicio para la Iglesia y la Sociedad. Nos referimos a la distinta función de la jerarquía eclesiástica y de los seglares en la difusión y realización de lo que podríamos llamar "el programa cristiano". Corresponde, sin duda a la Jerarquía anunciar (en la forma y desde la perspectiva arriba indicados) el mensaje cristiano con todas sus implicaciones y denunciar desde el punto de vista de este mensaje cuanto oprime a las personas, especialmente a los pobres y excluidos, pero conservando su libertad e integridad para que no pueda ser utilizado o acaparado por quienes lo utilizan parcialmente para defender determinados intereses de determinados grupos económicos, sociales o políticos.

Intentaremos hacernos entender en este punto comentando brevemente un hecho ocurrido en la concentración en defensa de la familia cristiana celebrada en Madrid el 30 de diciembre de 2007 (concentración, desde luego muy criticable desde una auténtica perspectiva evangélica). Uno de los oradores (seglar, pero expresamente apoyado, él y su organización, por la Jerarquía allí presente) propuso como ideal de matrimonio y de familia la que tuviese 10 hijos. Afirmar esto sin hacer la más mínima alusión a la situación estructural de la economía española (no digamos, la de países más pobres) donde tan precarios resultan los puestos de trabajo, con la espada de Damocles del paro encima, y donde una vivienda ordinariamente de pequeñas dimensiones, en propiedad o en alquiler, es poco menos que inalcanzable so pena de una hipoteca eterna a quien le sea posible contratarla, nos parece cuando menos una irresponsabilidad (a muchos puede sonarles a locura). Porque muchos de los que le oían y jaleaban pertenecen a determinadas tendencias y partidos políticos para los que la propiedad privada es inviolable y los derechos del dinero también. No olvidemos cómo desde

determinadas posiciones político-económicas catalanas se intenta acusar de inconstitucional la ley que proyecta el gobierno de Cataluña para obligar a los dueños de viviendas vacías a alquilarlas. Con este ejemplo queda claro que cuando se predica parcialmente el mensaje cristiano se cae en la más grave de las hipocresías.

Deberíamos terminar este editorial hablando de la libertad de los seglares frente a la Jerarquía (y así lo haremos en un próximo editorial o en un artículo aparte para no parecer excesivamente inclinados a temas que puedan parecer confesionales).

Mientras tanto, Sólo dos breves afirmaciones sobre los seglares:

En cuanto cristianos deben vivir, anunciar y denunciar cuanto el mensaje cristiano exige y atenerse a los criterios arriba consignados.

En cuanto seglares su misión específica es actuar como levadura en todo el entramado social para que, siempre desde la perspectiva de la promoción y el servicio a los pobres, vaya realizándose cada día más y mejor la pacífica comunión entre los hombres. Es su sentido de la responsabilidad y de la prudencia lo que les hará ver qué es lo más oportuno en cada tiempo y lugar. Porque, además, actuar en los ámbitos sociales no es exclusivo de cristianos sino que incumbe a todas las personas, y, por tanto, con ellas hay que entrar en diálogo para llegar a los acuerdos concretos que sean posibles desde el respeto a la conciencia y a la libertad de cada uno.

APENDICE ELECTORAL. Cuando llegue a sus manos este editorial, estaremos en plena campaña para las elecciones al Congreso y al Senado de las Cortes Españolas. Ante los programas, propuestas, talante y comportamientos previos de las distintas formaciones políticas en liza nosotros recomendamos examinarlo todo desde las necesidades y carencias de los últimos, (nacionales y mundiales, puesto que según se nos dice estamos globalizados) y votar en consecuencia; sin descartar en modo alguno el voto en blanco que tantos valedores va teniendo y que también es una forma positiva de ejercer la responsabilidad política.